

## Contenido del Capítulo:<sup>1</sup>

	Pág.
3.- <i>Ligera reseña, por Cenobio I. Enciso</i>	48
4.- <i>Piezas leídas en el Teatro Degollado de Guadalajara, en la velada fúnebre que tuvo lugar el 20 de enero último: Discursos por los señores Lics. Ignacio F. Figueroa y Joaquín Silva. Versos por el señor Jesús Alal Ilizaliturri. Discurso por el señor Eduardo J. Correa</i>	51

---

1. EL LITIGANTE. Legislación, Jurisprudencia y Variedades. Periódico fundado en 1881. —Redactor y Propietario, Cenobio I. Enciso, abogado y notario. —Tom. VII, Núm. 40.—Guadalajara, enero 31 de 1894.— *La Redacción* consagra este número especial, a honrar la memoria del señor licenciado Ignacio L. Vallarta.  
GUADALAJARA. Imprenta de "El Litigante," Calle de Zaragoza número 18.

## Ligera Reseña

Al esparcirse en la capital de la República el 31 de diciembre último, la inesperada nueva de la muerte del señor Lic. Vallarta, todos los que lo conocieron se sintieron presa de profundo dolor, especialmente los que lo habían tratado, los que estaban en aptitud de estimar debidamente sus grandes méritos, y la colonia jalisciense.

Infinidad de personas de todas las categorías sociales ocurrieron a la morada del ilustre finado, Escalerillas 12, a manifestar a la familia su condolencia: innumerables coronas y ramos de flores fueron presentadas, como cariñosas ofrendas.

Al no haber sido contagiosa la traidora enfermedad de que sucumbió el señor Vallarta, el cadáver se habría velado en la Cámara de Diputados o en el Salón de Acuerdos de la Suprema Corte. La capilla ardiente se arregló en la sala de la misma casa mortuoria.

El 1° de enero a las 8 a.m., tuvieron lugar los funerales, a los que asistió una numerosa y muy respetable concurrencia: en ella se veían a los señores Ministros de Justicia y de Fomento, comisiones de la Suprema Corte y de las Cámaras, así como encumbrados miembros del Foro, de la Banca y del Ejército. La familia deseaba que la inhumación se hubiese efectuado modestamente en el Tepeyac, pero hubo de consentir en la alta y muy merecida honra de que se verificase en Dolores, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

En el acto de la inhumación, pronunciaron sentidos y conmovedores discursos los señores Lics. José Diego Fernández, por el Colegio de Abogados; Fernando Vega, por el Ayuntamiento, y Prisciliano María Díaz González, por los amigos del finado.

Después se sintió la necesidad de hacer algo aún para honrar con más esplendor la memoria del egregio jurisconsulto: el "Círculo Jalisciense" tomó la iniciativa, y el martes 9 tuvo lugar en el espléndido Salón de la Cámara de Diputados [Teatro de Iturbide] una solemne velada, a la que concurrieron el señor Presidente, el Ministerio, el Cuerpo Diplomático, y además una selecta concurrencia: los oradores fueron los señores Lics. Zamacona, por la Suprema Corte; Paz, por el "Círculo Jalisciense;" Pallares y Verdugo, por la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Por su parte, la prensa de la capital consagró sentidos y bien escritos artículos a la memoria del ilustre finado: el "Tiempo" mismo, el 3 de enero, tuvo para él frases de aplauso y de encomio.

En Guadalajara, por de pronto, previa la iniciativa del señor Gobernador, se expidió el decreto del 1° de enero, en que se declaró al señor Lic. Vallarta Benemérito del Estado, se mandó inscribir su nombre con letras de oro en el Salón del Congreso, y se decretó un luto de tres días.

La prensa consagró extensos y muy eruditos trabajos a la memoria del señor Vallarta.

Pero todo el mundo deseaba la celebración de alguna solemnidad en que el sentimiento público pudiera expresarse en toda su expansión. La iniciativa partió de algunos particulares que por circunstancias especiales se encontraban más íntimamente ligados por relaciones de amistad con el finado egregio jurisconsulto.

El 5, tuvo lugar en el Salón del Ayuntamiento la reunión de los iniciadores, que se llamó "*Comité Ignacio Luis Vallarta*". La mesa la compusieron los señores Lics. Emiliano Riestra, Juez de Distrito, como presidente; el que esto escribe, como vicepresidente; los señores Aurelio Ortega, como secretario, Joaquín G. Hermosillo, como prosecretario y Lino Martínez, como tesorero.

A continuación se tomaron los siguientes acuerdos:

1o. Celebrar, a la mayor brevedad, una velada fúnebre en Degollado.

2o. Gestionar ante quien corresponda por que a la calle de la Merced, en la cual [núm. 78] está la casa en que nació el señor Vallarta, se le llame en lo sucesivo "calle Vallarta".

3o. Hacer colocar una lápida conmemorativa en dicha casa.

4o. Dar inmediatamente el pésame a la familia de este señor.

5o. Estudiar la manera de poder elevar más tarde un monumento a la memoria del señor Vallarta, para lo cual se nombraron en comisión a los señores Lics. Riestra, Othón Camarena e Ignacio Figueroa.

Cuatro días después, tuvo lugar otra sesión en que se fijó definitivamente el sábado 20 para la celebración de la velada; y se dio cuenta con una comunicación de la "Sociedad Jurídica Josemaría Vereá," en que ésta manifestaba sus deseos de unir sus valiosos esfuerzos a los del comité: esta ayuda eficaz y tan oportunamente ofrecida, fue desde luego aceptada; y las invitaciones para la velada fueron suscritas por los señores Lics. Jesús López-Portillo, presidente de aquella sociedad, y secretario José Ireneo Gutiérrez, y el presidente y el secretario del comité. Por su parte, el Gobierno ofreció su amplia e incondicional ayuda: costeó el alumbrado del teatro, el gasto que ocasionaron las impresiones necesarias para la velada; y facilitó la magnífica Banda de la Gendarmería.

Nombráronse oradores a los señores Lics. Ignacio Figueroa, Francisco Escudero y López-Portillo y Joaquín Silva; a los señores Jesús Acal Ilizaliturri y Eduardo Correa. Este último, es un joven alumno de jurisprudencia, hijo del señor Lic. Salvador Correa, muerto ya, fundador y redactor de la "Voz de la Justicia" de Aguascalientes.

Comisionóse para el adorno del teatro al señor don Heraclio Farías, a quien después se unió el muy estimable artista señor José Vizcarra.

El señor tesorero don Lino Martínez, prestó muy importantes y eficaces servicios.

El adorno del teatro fue sencillo y severo: los cinco órdenes de palcos se adornaron con festones de negro crespón y de ramas de cedro. En el centro del escenario, se colocó sobre trofeos militares, el retrato del señor Vallarta que para la Dirección General de Rentas pintó en México el señor Tiburcio Sánchez [México, 2<sup>a</sup> del 5 de mayo, núm. 10].

Sobre el retrato estaba un pabellón nacional enlutado: a los lados se ostentaban dos estatuas; la de la derecha, pintada por el señor Mendiola, representaba la Justicia; la de la izquierda, pintada por el señor Vizcarra, la Patria. Ambas eran de tamaño colosal, muy propias y bien dibujadas.

La tribuna tenía por único adorno un modesto presente nuestro: una corona de cedro de un metro de diámetro, con 120 azáleas blancas.

El teatro estaba muy profusamente alumbrado con ocho poderosos focos de arco, y doscientos cincuenta focos de luz incandescente.

El acto empezó a las 9 p.m. del día fijado: llevó el timbre el señor Gobernador: asistieron los altos dignatarios del Estado: el patio estaba casi lleno: en las plateas, muchas damas de lo más granado de nuestra sociedad, ostentaban, no los adornos que en semejante lugar se acostumbraban, sino oscuros y severos trajes de luto.

Los palcos segundos, se destinaron para diversas comisiones de las escuelas: las localidades altas, se dejaron libres para el pueblo, que las llenó por completo.

En el primer número, la magnífica orquesta del señor Diego Altamirano, ejecutó la solemne obertura de "Prometeo" de Beethoven. Luego (No. 2) leyó su discurso el señor Lic. Figueroa: estaba realmente conmovido y el público no pudo menos de recordar que este orador, lo fue varias veces en distintas solemnidades, cuando el señor Vallarta regía los destinos de Jalisco.

Después (No. 3) la orquesta ejecutó el hermoso "Preludio" de Leo Delibes. A continuación (No. 4) subió a la tribuna el señor Lic. Escudero y López-Portillo. Su emoción era visible: se comprende, recordando que el orador había llegado de México tres días antes de la muerte del señor Vallarta: en los dos meses que había permanecido allá, tuvo ocasión de tratar al ilustre jurisconsulto, y de poder estimar aun sus virtudes privadas. El quinto número, fue magistralmente cubierto por la Banda de la Gendarmería, dirigida por el Maestro don Clemente Aguirre, ejecutando la obertura de "Tannhäuser" de Wagner. Luego (No. 6) escaló la tribuna Jesús Acal, quien leyó sus hermosos versos que interpretaron muy bien los sentimientos dominantes en la muy selecta concurrencia.

La orquesta (No. 7) ejecutó a continuación la "Fara da Ungara" de Lacombe; y luego, acompañado por dos alumnos de jurisprudencia, uno de los cuales llevaba el estandarte de la escuela, leyó su alocución el señor Correa (No. 8). Al concluir ese acto, se distribuyeron al público multitud de ejemplares de los artículos biográficos que han visto la luz en este periódico en los números del 31 de diciembre y 25 de enero, y que ahora se reproducen en la dos primeras hojas de este número.

La banda ejecutó luego (No. 9) la "Marcha fúnebre" de Chopin: la última pieza (No. 10) oratoria fue pronunciada por el señor Lic. Joaquín Silva, a nombre de la Sociedad "José María Vereá."

Entonces la mágica batuta del maestro Aguirre hizo a la banda estremecer el teatro con los solemnes y majestuosos acordes del "Himno Nacional:" el señor Gobernador y toda la concurrencia se pusieron en pie, y la solemnidad terminó, dejando muy gratos recuerdos en cuantos a ella concurrieron.

Al día siguiente, 21, nuestro simpático e ilustrado colega "El Mercurio," publicaba el siguiente párrafo:

"Grata impresión ha dejado en nuestro ánimo ver de qué manera tan solemne y digna se ha rendido homenaje en Guadalajara a la memoria del esclarecido ciudadano jalisciense que 1893 llevóse consigo en sus postrimerías.

Aún teníamos el recuerdo de la solemnidad religiosa con que el jueves se verificaron las honras fúnebres del patricio en el Sagrario metropolitano, cuidadosa y sencillamente preparadas por sus estimables deudos, cuando tuvimos ya que preocuparnos por los preparativos de la velada que tuvo lugar anoche en el Teatro Degollado; solemnidad en que tomaron activa participación sociedades, gobierno y particulares.

El teatro presentaba un gran golpe de vista. El señor Farfás, ayudado por el joven José Vizcarra, engalanó el coliseo con sencillez y elegancia.

Los diferentes órdenes de palcos, perfectamente decorados con guirnaldas y coronas de cedro y grandes bandas negras, le daban severo aspecto; y los grandes focos de luz eléctrica de arco, combinados con las luces de la incandescente, proporcionaban al gran teatro luz meridiana.

Un busto al óleo del señor Vallarta, arriba de trofeos militares y cubierto por una bandera tricolor, hallábase en el centro.

A la derecha la Justicia, a la izquierda la Patria. El palco escénico lo ocupaban las asociaciones, funcionarios y empleados públicos, los miembros del Comité Vallarta, los de la Sociedad Vereá, etc. El jefe del Estado presidiendo a la izquierda, y la enlutada tribuna al lado opuesto.

La gran orquesta de Diego Altamirano y la Banda de la Gendarmería del Estado, llenaron a maravilla su cometido.

Los oradores, correctos y entusiastas."

Las palabras del ilustrado colega, nos recuerdan otra solemnidad que no debemos pasar en silencio.

El 16, circularon profusamente esquelas en que varios deudos del señor Lic. Vallarta invitaban para unas "exequias" que debían celebrarse en la iglesia del Sagrario. En efecto, el 19 tuvieron lugar con asistencia de muy selecta concurrencia. Se ejecutó el "Oficio" de Pablo Hernández, y la misa da Sort de Sanz;<sup>2</sup> y las partes del bajo y del tenor, fueron magistralmente ejecutadas por los señores Jesús Martínez y Alfredo Anaya, respectivamente.

Como doliente estaba cerca del féretro el señor Lic. Trinidad Vereá, hermano político del señor Lic. Vallarta.

El "Comité Vallarta" comprende que su misión no está todavía terminada: falta aún que se cumplan el 2o., 3o. y 5o. de los acuerdos tomados el día de su instalación: el cambio del nombre de la Calle de la Merced, la fijación de la lápida en la casa donde nació el señor Vallarta, y ..... la erección del monumento. Los dos primeros, pronto se cumplirán: el tercero, no lo juzgamos de imposible realización, si a los esfuerzos que se hagan en Jalisco, se unen los de los innumerables admiradores que el señor Lic. Vallarta cuenta en la capital de la República y en las de los estados.

No concluiremos esta ligera reseña, sin manifestar nuestro profundo reconocimiento al "Mercurio," que en su número del 7 de enero, se dignó recomendar la lectura de nuestro primer artículo biográfico.

El retrato que adorna este número fue ejecutado en la casa litográfica del señor Josemaría Yguiñiz. Con nuestro número del 10 de mayo de 1889, publicamos otro retrato del señor Vallarta en el cual se ve el "fac simile" de su firma, y que lo representa tal como estaba en la época en que fue nuestro Gobernador.

*Cenobio I. Enciso*



## Piezas Literarias

*Leídas en la velada que el 20 del corriente se verificó en el Teatro Degollado,  
en honor del benemérito ciudadano Lic. Ignacio Luis Vallarta.*

Señor Gobernador.

Señores:

Muy poco tiempo hace que en el círculo del Partido Liberal de la República, se sentía agitar el grande espíritu de uno de sus hombres más ilustres; muy poco tiempo hace que la nación entera admiraba la acción

2. Esta solemnidad nos recuerda que en un opúsculo en que se describen las fiestas que los terceros de San Francisco celebraron en 17 de mayo de 1855, se llama "al inimitable Maestro Sort de Sanz prez y Floria de Jalisco." Ese autor, ¿fue pues jalisciense?

de su poderosa inteligencia, el brillo de sus virtudes privadas y cívicas. ¡Ignacio Luis Vallarta ha muerto!... ¡Cuántas esperanzas han caído desvanecidas ante esta fatalidad nacional!

La patria de Hidalgo y de Juárez, está de duelo: y Jalisco, la cuna de Vallarta, que tantas pruebas de su adhesión recibió, ha sufrido una sorpresa dolorosa, al saber el último día del año próximo anterior, que aquella existencia, por tantos títulos querida, se había extinguido para siempre...

Y yo, que tuve la satisfacción de estrechar más de alguna vez su mano, de contarme en el número de sus amigos; yo, el más oscuro, el más incapaz de ellos, vengo en representación del Comité que lleva su nombre, a dirigiros la palabra en esta noche solemne, en esta noche, destinada a honrar su memoria.

Hay hombres notables, que personifican una doble época en la vida social y política de los pueblos que han sido víctimas de un poder absoluto: muévanse éstos al principio para ser libres, y después; para organizar sus instituciones.

Vallarta fue uno de los seres privilegiados que en los anales de México, y particularmente de Jalisco, personifican esta doble época.

Propagar, defender y organizar nuestros principios democráticos; he aquí el bello ideal de sus aspiraciones, he aquí los motivos de sus nobles esfuerzos, de las constantes luchas que sostuvo, y que hicieron de este hombre extraordinario uno de los apóstoles de la Libertad, de la Reforma y del Derecho.

En diciembre de 1854 obtuvo, a la edad de 24 años, el título de abogado: la revolución proclamada en Ayutla, ofreció desde luego un vasto campo a la acción de aquel joven, que electo diputado por Jalisco en 1856, comenzó a figurar en la tribuna parlamentaria del Congreso Constituyente, defendiendo allí, con las magnificencias de su elocuente palabra, las instituciones libres que dieron ser a nuestra Ley Suprema, promulgada en 5 de febrero de 1857; y cuando la reacción penetró hasta la capital de la República, empeñándose una lucha dilatada y sangrienta, Vallarta prestó como político y como soldado, grandes e importantes servicios a la causa de la Reforma, combatiendo al lado de uno de los caudillos más esforzados de Jalisco.

Pero los dos períodos más sobresalientes de su laboriosa vida, fueron aquellos en que se dio a conocer como estadista y como jurisconsulto.

En 28 de septiembre de 1871, tomó posesión del Gobierno de Jalisco: la situación no podía ser más difícil: el desorden y la anarquía reinaban por todas partes: la instrucción, que entonces tenía al frente a una de las personalidades científicas de nuestro Foro a quien mucho debe la juventud de Jalisco, había logrado mantenerse firme en aquel desconcierto general; pero la hacienda de las municipalidades, la del Estado, su legislación, estaban en el más completo abandono: no existía la fuerza pública; y hasta los principales departamentos del Palacio de Gobierno, mostraban aún los escombros a que habían sido reducidos por una desgracia imprevista, que había tenido lugar en los tiempos de la dominación reaccionaria.

Sobre todas estas ruinas, Vallarta fundó con la mano poderosa de su genio, el edificio de su administración, que ha sido la base de las que le han sucedido: organizó la hacienda de las municipalidades y la pública; coleccionó y ordenó la legislación interior: levantó y sostuvo la gendarmería: impulsó la biblioteca: mejoró la instrucción, dando, sobre todo, un ensanche extraordinario a la primaria, aumentando el número de sus escuelas, y haciéndola obligatoria: sus levantadas miras de progreso, fijáronse también en las mejoras materiales: reedificó el Palacio de Gobierno: construyó de un modo digno de su objeto, el departamento del Poder Legislativo: edificó el muro exterior de la Penitenciaría: adelantó notablemente su obra interior: puso el primer riel, inaugurando la vía férrea en el territorio del Estado; y todo esto lo hizo, luchando a la vez con sus más poderosos enemigos, que en su obstinada oposición, lo atacaron día por día, sin tregua ni descanso, desde el principio hasta el final de su gobierno.

Mas entre todos estos hechos, que son el pedestal del justo renombre de Vallarta, hay uno cuya significación lo coloca entre los grandes obreros republicanos, que han sabido organizar las instituciones libres de su patria, fundando el principio del respeto a la autoridad constituida, sancionado por la transmisión del poder bajo el imperio de la ley.

Así Vallarta, al terminar el período de gobierno, lo transmitió a su sucesor, no por la presión de un motín o de una facción armada, sino en virtud de un principio constitucional.

Estos triunfos de la legalidad, son la más elocuente reivindicación de la estabilidad de las repúblicas. ¡Benditos sean, ciudadanos, los espíritus superiores que han adquirido una conquista de tanta magnitud!

Y ese amor franco y leal que siempre tuvo a la Constitución de 1857; la conciencia profundamente arraigada de los principios en ella proclamados; la acción vigorosa de su inteligencia: sus obras y sus folletos, que deslumbran por la brillantez, por la precisión de su estilo y por la fuerza avasalladora de sus argumentaciones, hicieron de Vallarta un jurisconsulto digno de figurar entre las celebridades de Europa y América; fue como Laboulaye, como Story y como Paschal, el jefe de una escuela; el legítimo comentarista de nuestro derecho constitucional.

¡Ah! ¿por qué ha muerto, por qué ha desaparecido de entre nosotros esa antorcha científica del presente y del porvenir, por qué la prodigiosa elocuencia de su voz ha enmudecido? Me parece que fue ayer cuando en el recinto del Congreso, a la vista de una multitud entusiasta, que respetuosa y conmovida lo escuchaba, al concluir de dar cuenta a su sucesor del uso que había hecho del Poder Ejecutivo, exclamó revelando en su ojos las emociones que embargaban su voz: "Y en cuanto al noble y generoso pueblo que me elevó a su primera magistratura, que me confió sus intereses, que depositó en mis frágiles manos su valiosísima honra, ¿qué podré yo decirle, que exprese mis sentimientos, mis afecciones por servirle y pagarle lo que yo le debía?, abandoné mis comodidades y conveniencias; por servirle, no he esquivado ni sacrificios ni trabajos. Y hoy que mi deuda de gratitud hacia ese pueblo es mucho mayor, nada puedo decirle que la reconozca, nada hacer que la pague. ¡Quiera mi destino ponerme alguna vez en situación de poderme sacrificar en los puestos que la ambición no busca, por el bien y la felicidad del pueblo jalisciense!"

Y cumpliste tu palabra; porque en tu vida pública y privada, fue tu destino no descansar nunca, imponiéndote la tarea de hacer el bien, de trabajar por la felicidad del pueblo mexicano: ambicionabas la noble gloria de la posteridad, y tus restos decansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres, y Jalisco, el pueblo de Jalisco que tanto amaste, tomando en sus manos nuestra bandera querida, símbolo de nuestras glorias nacionales, la ha inclinado hacia ti, sancionando este duelo nacional: te declara su Benemérito, y manda grabar con letras de oro tu nombre, para colocarlo en el augusto recinto de uno de los monumentos que tú levantaste, y que perpetúan tu recuerdo; deseabas que tus enemigos te hicieran justicia, y ya la tienes cumplida: la prensa y la tribuna, sin distinción de colores políticos, han hecho patentes tus merecimientos: la historia tiene que consagrarte una de sus páginas más brillantes; pero tú no has muerto, porque los hombres como tú, no mueren, siempre viven, porque los cubre una gloria inmortal.

*Ignacio F. Figueroa*

---

**¡Ave, Gladiador!**

¿Quién lo puede juzgar? Aun la historia  
En sus bronceínas páginas, no ha abierto  
El cerco de fulgor con que la gloria

Ciñera el nombre del ilustre muerto  
 Las coronas de lauros y de palmas  
 Se anticiparon al severo juicio,  
 Y en el santuario de las libres almas  
 Se alzan altares para el gran patricio...  
 Ayer lo vimos de entusiasmo lleno  
 Pisar la tierra de sus patrios lares,  
 Do en otras veces, con su voz de trueno,  
 Electrizó a las turbas populares.  
 La juventud lozana parecía  
 Aún prestarle su vigor fecundo:  
 Sobre su frente escultural ardía  
 El sello apocalíptico profundo,  
 Que es más que la corona de un monarca

Parecían flotar sobre su labio  
 De dos númenes sacros haciendo uno,  
 La magistral disertación del sabio,  
 La vehemente arenga del tribuno.  
 El genio augusto el porvenir presiente:  
 Y él, próxima mirando la partida,  
 Como el fúlgido sol, vino a occidente  
 Y dijo adiós a su ciudad querida:  
 Ya, lo mismo que el sol, se torna a oriente  
 En el gran horizonte de ultra-vida.  
 Hoy que su cuerpo se trocó en despojos  
 Y sube su alma al infinito ilesa,  
 ¿Por qué se vuelven sin querer mis ojos  
 A la inmortal Revolución Francesa?  
 Parece que de hinojos  
 Escucho la triunfante Marsellesa.  
 Es que la gran revolución, la entraña,  
 Su tipo: en él, con la emoción más honda,  
 Miro mezclarse, en paradoja extraña,  
 Con la serena fe de la Gironda,  
 La ardiente exaltación a la montaña.  
 De Mirabeau tenía la elocuencia;  
 De Lafayette la voluntad heroica  
 De Robespierre la ardiente vehemencia;  
 Y hubiérase encontrado en su conciencia  
 De Valacé la abnegación estoica.  
 Como esos tipos levantarse supo  
 En nuestro gran noventa y tres: valiente  
 Fue al Sinaí, do reformista grupo  
 Dictó de libertad la ley ingente.

¡Surgió la lid! ¡El código sagrado,  
 Carta blanca de un pueblo esclavizado.  
 Fue el terrible cartel de desafío  
 Que falange de apóstoles, con brío

Ante los mitos, arrojó al pasado!  
 Temblaron las antiguas tradiciones,  
 Ya la mitad del siglo de las luces,  
 Se oyeron fulminar excomuniones;  
 ¡Y se labraron con las santas cruces  
 Cureñas de mortíferos cañones!  
 Leónidas y trescientos espartanos  
 Resisten a incontables combatientes;  
 Valen más los trescientos mexicanos,  
 Héroes constituyentes,  
 Que sin llevar espadas en las manos  
 Lanzan al viejo mundo en un abismo,  
 Y al decretar que el pueblo libre sea,  
 Llevan como un escudo el patriotismo  
 Y como un arma la grandiosa idea!

¡Era de redención! sacra epopeya  
 Escrita por la pléyade gloriosa  
 En que Vallarta colosal descuella,  
 Como en constelación esplendorosa.  
 Radiante luce la mayor estrella.  
 Genio de tempestad, cruzó arrasante,  
 Demoledor; mas la tremenda pica  
 Del que persigue un ideal brillante,  
 Al destruir, cimenta y edifica.

Así tras luenga gestación, el día  
 Llega en que triunfa la inmortal Reforma,  
 Y el *montañez* en cuya voz latía  
 El corazón de un siglo, se transforma  
 En gironcino guardador y en guía.  
 ¡Qué gigantesca dualidad! templario  
 Que hace caer la tradición al peso  
 De empuje asolador, y el incensario  
 Después mece en las aras del santuario  
 En que sus dioses levantó el progreso.

En Jalisco tocó sus ideales  
 Luchando con afanes gigantes,  
 Que su paso estorbaban los pigmeos  
 Abortos de las sombras conventuales:  
 ¡Si el enano jamás tiene rivales,  
 Los cristos siempre encuentran fariseos!  
 ¡Obrero infatigable, varón fuerte,  
 Ninguno tiene como tú derecho  
 Para dormir en el augusto lecho  
 Que cariñosa te ofreció la muerte!

En otro tiempo el gladiador romano  
 Al César saludaba en liza ruda:

¡Hoy un pueblo, que es César soberano,  
Doliente al muerto gladiador saluda!

Guadalajara, enero 20 de 1895.

*Jesús Alal Ilizaliturri.*

---

SEÑOR GOBERNADOR,  
SEÑORES:

La Sociedad Jurídica José María Vereá, me ha designado para que os dirija la palabra en esta solemnidad fúnebre, consagrada a honrar la memoria de uno de los mexicanos más ilustres, cuyo nombre será eterno timbre de gloria para nuestra patria; y al venir yo a esta tribuna, que ya tenía olvidada, he sentido estremecerse mi corazón al impulso de extrañas y encontradas emociones: he sentido que renacen en mi espíritu todos los entusiasmos y las melancólicas tristezas de mi juventud; de improviso se ha presentado a mi mente la imagen del mundo ya lejano de mis recuerdos, y pareceme oír los vagos rumores del pasado. Es que al honrar la memoria del inmortal Vallarta, debo hablar de sucesos que se relacionan con mi propia vida, como se relacionan también con la vuestra, señores; es que la mayor parte de los hombres de la actual generación, hemos intervenido más o menos en los acontecimientos que glorificaron la existencia de aquel hombre extraordinario, que de hoy en más aparecerá en la historia como perfecto modelo de buenos patriotas, de estadistas y de sabios.

Vallarta nació a la vida pública cuando estaba en gestación la Carta Constitucional de 1857, que hace más de treinta años impera en la República, y que, asentada en base indestructible, engendrará la grandeza moral y material de México. Fue Vallarta uno de los creadores de aquella gran Constitución, y este título de padre de la libertad mexicana, basta que para que nuestro eminente compatriota tenga derecho a la inmortalidad.

En el Congreso, Vallarta hizo oír su enérgica y elocuente palabra en defensa de la libertad, y descolló entre aquel grupo de titanes que asombró al país con su audacia y abnegación, y que se llamaron *los Constituyentes*.

Una vez promulgada la Ley Fundamental de la República, Vallarta vino a Jalisco, y al poco tiempo fue llamado, primero a influir poderosamente en nuestro destino como Secretario de Gobierno, y después como Gobernador del Estado.

Entonces sobrevino la asoladora revolución de la Reforma, sangriento epílogo de la guerra civil que hundió al país en incontables desdichas durante un período de cuarenta años. ¡Cuántos desastres en aquella época, señores! ¡Qué espantosas catástrofes sacudieron con terribles estremecimientos al país! El genio del exterminio cruzó los ámbitos de México, llevando a todas partes la desolación y la muerte. El seno mismo del hogar no era seguro amparo contra las formidables oleadas de la rugiente tempestad revolucionaria. México vio asombrado y en medio de los terrores del pánico, un cuadro sangriento como no lo había visto antes, ni volverá a verlo en muchos años. Por doquiera el militarismo despechado, implacable, luchando a muerte con la audacia de la juventud republicana; los vencedores y los vencidos regando con su sangre el suelo sagrado de la patria, la cual parecía sucumbir en medio del estruendo de las armas.

No es tiempo aún, señores, de juzgar a Vallarta como actor en aquella formidable catástrofe. Para juzgar una gran revolución, es preciso que transcurran muchos años, que desaparezcan todos los intereses lastimados por ella, que vengan generaciones vírgenes de los odios y de los agravios que entraron en lucha. Noso-

tros escuchamos todavía la estruendosa tempestad que en aquella época se dasató sobre México; aún llegan a nuestros oídos los lamentos y las maldiciones de los que sucumbieron en el combate, y se agita nuestro corazón con los amores y los odios que nacieron al calor de aquella épica contienda, en la cual brotaron ideas al choque de los aceros; ideas que enardecían hasta el delirio el espíritu heroico y varonil de nuestros padres. Que la posteridad desapasionada juzgue a aquellos hombres que figuraron como actores de la gran revolución.

Ahora, señores, todo va renaciendo entre nosotros: nos encontramos en una época de paz y conciliación, que ha permitido que se establezca el orden social. Así como en las comarcas devastadas por la ardiente lava volcánica se reedifican los pueblos una vez pasado el peligro, así estamos todavía reedificando sobre las ruinas de aquella revolución, y no debemos pronunciar un fallo prematuro que reavive los odios del pasado; no debemos pronunciar ese fallo sobre la tumba recién abierta del excelso Vallarta, cuyos restos están consagrados por la sabiduría, por el patriotismo y por la gloria. ¡Paz y honor a los muertos ilustres! ¡Honor y gloria a la confraternidad nacional, y a la paz que enaltece el nombre de México!

En el luctuoso período de la intervención francesa, Vallarta se mantuvo fiel a su patria, y devoró en el silencio del retraimiento, la amargura que experimentaron los buenos hijos de México al ver sojuzgado nuestro pueblo por los ejércitos invasores, que inconscientemente prepararon el triunfo definitivo de la República, después de haber venido a tierra, en la memorable catástrofe del Cerro de las Campanas, el deleznable edificio del segundo imperio, entre cuyos escombros quedó supultada para siempre la bandera que tremolaron los partidarios del infortunado Maximiliano.

Llegamos ya señores, a otro período interesantísimo de la vida de Vallarta, a quien sus aptitudes y los acontecimientos arrojaron en el camino de los cargos más importantes. Restaurada la República, figuró desde luego Vallarta como diputado por Jalisco al Congreso de la Unión, y allí alcanzó uno de los más espléndidos triunfos que honraron su vida; me refiero al que obtuvo en la ruidosísima cuestión de Italia, sobre la personalidad que entonces, sin duda alguna, era la más prominente del Partido Liberal; sobre una personalidad que había abrigado sus elevadas dotes políticas en la tribuna parlamentaria y en el gabinete del insigne Juárez: me refiero al triunfo que obtuvo sobre el formidable polemista y consumado político que en una ocasión solemne pronunció esta célebre frase: *Ahora o nunca*: me refiero a la derrota parlamentaria que hizo sufrir Vallarta a un hombre que pertenece a la historia, y que por ella será glorificado: a don Sebastián Lerdo de Tejada.

Del Congreso fue llamado Vallarta por don Benito Juárez para entregarle la cartera de Gobernación, y algún tiempo después vino a Jalisco, a desempeñar la primera Magistratura del Estado.

¿Qué necesidad tengo, señores, de referiros detalladamente la gigantesca labor de Vallarta durante su período constitucional de su gobierno? Todos vosotros sabéis, que a raíz de la restauración de la República, Jalisco estaba, como las demás entidades federativas, casi desorganizado. El probo ciudadano que fue predecesor de Vallarta en el gobierno, dejó apenas comenzada la organización administrativa; y, ocupada su atención casi exclusivamente en desbaratar la intriga política tramada contra él y que por fin lo derribó del gobierno, de ninguna manera le fue posible emprender con decisión y energía la obra de titanes que era preciso llevar a cabo, para restablecer el orden y el imperio de la ley entre nosotros.

Vino Vallarta, y tuvo que crearlo todo: seguridad pública, hacienda, mejoras materiales, escuelas. Todo se encontraba en estado embrionario, y sólo la actividad asombrosa de Vallarta, su compleción poderosísima, su constancia y su indomable energía, pudieron lograr lo que él logró, y colocar a Jalisco en el punto culminante a que había llegado cuando Vallarta puso en manos de su sucesor las riendas del gobierno.

Al hablar de la administración de Vallarta, no puedo, señores, no debo dejar que pase desapercibido un interesantísimo episodio de aquella administración. Tocaba ya a sus postrimerías el período del gobierno de Vallarta, cuando sobrevino un acontecimiento extraordinario y aterrador.

Los pueblos todos de Jalisco se conmueven y se levantan en pie de guerra; en las regiones del norte y el occidente del Estado se observa el movimiento instintivo y rápido del pánico; la guarnición de nuestra ciudad apercibe sus armas y sus trenes de guerra y se dispone a salir de la población; se organiza la guardia cívica, y constrúyense en las calles de Guadalajara fortificaciones deleznable, que la premura del tiempo apenas permite concluir; óyese luego el siniestro estampido de un cañoneo incesante hacia el occidente; píntase en los rostros de los ciudadanos la inquietud desapoderada del espanto, y parece que se aproxima un desastre inevitable... ¿Qué acontece? ¡Señores, acontece que la barbarie está a nuestras puertas; que se encuentra en peligro nuestra propiedad, nuestra vida, nuestra honra; que las hordas salvajes del Nayarit, se precipitan como impetuoso torrente sobre la ciudad, y amenazan exterminar todo lo que encuentren a su paso! ¿Que hacer? ¿A dónde dirigirse? mientras los pusilánimes se entregan a terrores indecibles, la sociedad se salva, porque Vallarta vela por la seguridad pública y ha preparado la defensa, secundando las órdenes del heroico vencedor en la jornada inolvidable de La Mojonera; de aquel general de talla gigantesca cuyo nombre es el símbolo de toda gloria y que en vida se llamó Ramón Corona.

Llegamos ya al último período de la vida de Vallarta, señores; el más glorioso; al período en que edificó el monumento perdurable de su gloria, más duradero que los mármoles y los bronces en que nosotros y nuestros pósteros hemos de inscribir el nombre fulgente del ilustre muerto.

Su singular valía elevó a Vallarta a la presidencia de la Suprema Corte de Justicia y a la del Gabinete del benemérito pacificador de la República, Gral. Porfirio Díaz, a quien prestó el mismo Vallarta su valioso contingente para organizar la administración que sucedió a la del señor Lerdo de Tejada.

Durante su permanencia en la Corte de Justicia, fue cuando Vallarta escribió sus "Votos", esa obra notabilísima, que hará pasar el nombre de su autor hasta la más remota posteridad, y que es una verdadera gloria para México.

He aquí, señores, lo que a este propósito dice uno de los apologistas del señor Vallarta:

"Esa fue la obra inmortal del señor Vallarta, retratándose en sus célebres *Votos* para siempre, su talento y su genio. Tan grande como el ilustre Marshall, tuvo la gloria de fundar el derecho público, la de unificar la jurisprudencia constitucional, y la no menos grande de haber aniquilado aquella especie de doctrinarios, que llevando sus teorías de interpretación extensiva hasta un grado heroico, desfiguraban la Constitución, convirtiéndola en una caja de Pandora. Tal fue el publicista y el filósofo".

Porque Vallarta fue verdaderamente grande, señores: al tenerse noticia de su muerte conmovió a la República entera en un estremecimiento de dolor. Al desaparecer del mundo de los vivos, ha dejado entre nosotros un vacío inmenso que no se llenará en mucho tiempo. Los hombres de su talla aparecen de tarde en tarde, cuando en la vida de los pueblos llegan esos instantes solemnes en que todo se eleva, los acontecimientos y los caracteres.

Voy a concluir, señores, haciendo fervientes votos porque siempre sepamos honrar la memoria de nuestros grandes hombres imitando sus virtudes, para que podamos hacer grande y dichosa a la patria. La tumba de los hombres eminentes es un altar ante el que no deben exhalarse estériles lamentos ni derramarse inútiles lágrimas. Que nuestro varonil dolor sea fecundo en laudables propósitos, que redunden en beneficio de la humanidad.

Señores, ahoguemus el llanto que pugna por brotar de nuestros ojos, al contemplar aniquilada por la muerte la vigorosa y noble vida que tantas glorias para México prometía; y como Vallarta, procuremos afianzar el imperio de la ley y la justicia; como él seamos patriotas hasta el fanatismo y ensanchemos el reinado de la aristocracia de la inteligencia, que es la aristocracia de la civilización.

*Joaquín Silva*



C. GOBERNADOR,  
SEÑORES:

¡Qué aparato tan fúnebre el que nos rodea! ¡Cómo en estos instantes la frase donosa y regocijada de la alegría, huye de nuestros labios, cual paloma perseguida por el halcón, para dar paso a la enlutada y pensativa elegía! ¡Qué ley tan fatal cuanto inexorable la de la muerte! ¡Qué amargo tener que abandonar a los amigos, que dar ese último adiós infinitamente triste a los que nos quieren, y que despojarnos de esta envoltura material para transponer los umbrales de la tumba, antesala de ese *más allá* que, oscuro como sombra, mudo como esfinge y terrible como el *manetecel phares*, del festín de Baltazar, nos recuerda a toda hora nuestra debilidad, golpeando en el corazón con ese rumor tétrico que estremece, de la pica que abre un sepulcro o del martillo que clava un ataúd!... Y los individuos, "como las familias, y las familias como las edades y las edades como los pueblos, obedecen esa ley ineludible que el microbio cumple en un breve tiempo, y desaparecen tarde o temprano, dejando como vestigio de su existencia un recuerdo que va extinguiéndose poco a poco, como una cadencia, como una nota, como un eco, como un ¡ay!... ¿Qué se hizo la austera pagana o la Roma de los albores del cristianismo, reina y conquistadora? ¿Qué la Roma artística que inmortalizó Buonarroti en la Basílica de San Pedro y la Capilla Sixtina? ¿La ciudad de los siglos cayó con los Césares, legando sus monumentos a la Roma decadente y corrompida, para que a cada momento le afeen su enervamiento y le pregonen su debilidad!... ¿Qué permanece de aquella Francia eminentemente católica de las Cruzadas? ¿Una República que alardea sus burlas para aquellas épocas, y de su libertad, de esa libertad que proclaman los anarquistas al lanzar sus bombas en plena Cámara...! ¿Qué resta de aquel vasto imperio musulmítico que por ocho siglos hizo ondear en la Alhambra el estandarte de la Media Luna? ¿Mil leyendas pobladas de huríes y abencerrajes, y una estela de sangre en el libro genesiaco de los tiempos!... ¿Y qué queda de aquélla España aventurera que logró incrustar la América en su corona, cual fúlgido diamante, y que, de aquella España caballeresca y poderosa, señora del mundo en el siglo XVI, y en cuyos dominios jamás se ponía el sol? ¿Un reino enfermizo que ha olvidado su noble abolengo; un recuerdo glorioso que aún alienta el patriotismo en algunos hechos recientes, y una monarquía que vacila, una corona que tal vez pronto rodará, arrancada por el pueblo, para repetir quizá las escenas del 93!...

El año que acaba de expirar, antes de ir a sepultarse para siempre en la vasta necrópolis de las edades, quiso añadir a su oriflama, bastante ennegrecido por la sangre de tantas víctimas, una mancha más: quiso la parca sembrar el luto en otro hogar; pero esta vez, desgraciadamente fue más cruel, pues eligió el hogar más vasto, el más grande: el de la Patria. El 31 de diciembre último falleció en la metrópoli, el gran jalisciense, Lic. Ignacio L. Vallarta.

Seguir paso a paso la vida del ilustre finado, sería violar los límites de un discurso, por necesitarse para ello las dimensiones de un volumen. Dispensadme, pues, que a vuela pluma os dibuje los rasgos más salientes de la fisonomía del hombre que acaba de emprender el viaje de ultratumba.

Pasemos por alto la Revolución de Ayutla, tan fecunda en grandes personalidades, y donde podríamos admirarlo luchando por la causa del progreso, con todo el ardor de los veinticuatro años, con ese patriotismo

santo que alienta en la primavera de la vida, para considerarlo, no entre los fragores de la batalla ni entre el humo del cañón, sino en el lugar para que estaba predestinado, en el sitio donde su ingenio podría tender libremente las alas: en el Constituyente! Sí, él fue uno de los signatarios de ese Código sellado con tanta sangre y tan justamente admirado en todas las naciones; de esas Tablas de la Ley que se promulgaron entre revueltas y convulsiones, como entre truenos y relámpagos el Decálogo en el Sinaí; de ese monumento que encierra teorías tan sublimes y principios tan augustos que si alguna vez han sido objeto del ludibrio de los poderosos, gracias a la carencia de educación cívica de nuestro pueblo que no ha podido comprender el valor de ese legado inmortal, no por eso deja de colocar a una altura envidiable el nombre de México.

No nos fijemos tampoco en la época azarosa de la Intervención, donde nos sería dable y legítimo vanagloriarnos de tantos heroísmos, y maldecir una vez más tantas infamias... No turbemos el reposo de su cadáver despertando esos sentimientos adormecidos ya... ¡Que en esta fúnebre solemnidad donde la gratitud salmodia en aras del deber, y en esta etapa de reconciliación que se inicia tan felizmente, huyan todos los rencores del pasado, todas las disenciones del ayer, como las brumas de una mañana invernal al primer rayo del sol!

Demasiado podría extenderme juzgándolo como gobernante, para desvirtuar los cargos de exaltado y cruel con que lo tildan algunos, prescindiendo de las circunstancias difíciles porque en aquel entonces pasaba la República, producto de tantas luchas, y de la exaltación de pasiones que ofuscaba a los espíritus, consecuencia de las crueles represalias de aquellos tiempos, y olvidando que aún existen monumentos legislativos y mejoras materiales que ponen de relieve su afán por el progreso. Podría también presentaros un parangón con otras administraciones, aunque esto sería tan innecesario como inconveniente, pues el astro que tiene luz propia no necesita ofuscar a los demás para fulgir, como no es preciso para enaltecer a una personalidad, deturpar a otra. Guardaré silencio: no tocaré ninguno de estos puntos, porque sobraría todo lo que manifestara en ese sentido en esta solemnidad, en que nos ha congregado el sentimiento de la admiración, para rendir un debido homenaje; porque sería imperdonable usurparme atribuciones que compete al historiador, y porque sería impropio profanar esta tribuna destinada a ensalzar los méritos del señor Vallarta, convirtiéndola en un palenque de discusión, dando margen así a que algún odio, no del todo aletargado, como nota discordante en este concierto de la gratitud, pretendiera vituperar al que ya no existe.

Pasemos igualmente sin detenernos en contemplarlo cuando sirvió la cartera de Relaciones; empleo donde dio pruebas de su tacto político, de su privilegiado talento y de su vasta instrucción. Contengamos nuestra admiración...que el encomio no tienda todo su vuelo... que el elogio reserve su toque de luz más esplendoroso!... Aún tenemos que admirarlo en el tabor de su gloria; en el sitio donde compitió con Marshall, el famoso constitucionalista de los Estados Unidos del Norte; en el lugar donde conquistó fama universal; en el puesto donde su inteligencia rompió la envoltura de crisálida, y, lumfnea mariposa, tendió sus alas para iluminar todo un mundo: en la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia! Allí fue el templo donde manifestó su culto por el Derecho, que según la expresión de Lelminier, es la vida; allí fue donde formó sus *Votos*, el mejor comentario de nuestra ciencia constitucional, la obra que ha salvado las fronteras mexicanas, pasado los mares y llegado a la vetusta cuanto pretensiosa Europa a recibir merecidas alabanzas; allí fue donde se inspiró su estudio comparativo del Juicio de Amparo, institución nuestra que se vanagloriarían las naciones más cultas, con el *Writ of habeas corpus* de la Legistación Norte Americana; allí fue donde con energía inquebrantable, veló como amorosa vestal porque no fueran un mito las prerrogativas de nuestra Carta Magna; allí fue donde trabajó porque no se perdiera esa arca que guarda principios comprados a costa de sacrificios increíbles y de innumerables mártires. Mucho desearía extenderme en este punto, porque una pincelada, y más de mano torpe como la mía, no puede ni bosquejar cuadro tan grandioso; pero el tiempo avanza señores, y la brevedad me lo prohíbe. Permitidme sólo que os diga que esta es la gloria de las glorias del señor Vallarta; la que deja una estela de luz siempre pura, la universal, la verdadera: la de las batallas o la de la política, por más legítima que sea, siempre deja una huella oscura que parece ser la de los ayes de las víctimas o de los

odios de los no favorecidos; ésta, tiene recuerdos que las hacen palidecer; aquella, reminiscencias que la hacen fulgir; ésta parece que se queja, que llora, que es enfermiza; aquella es viril, siempre ríe, siempre canta!

Fue también postulado para la Presidencia de la República al concluir el primer período del General Díaz; pero aunque contaba con un partido numeroso, no pudo, por una de tantas emergencias de la veleidosa política, llegar a tan alto puesto. No me detendré en suponer lo que México hubiera avanzado bajo su gobierno, pues me parece falta de sindéresis, en estos tiempos en que las realidades de la vida deben absorber todos nuestros cuidados, lanzarse a discurrir por las pintorescas, pero improductivas regiones del idealismo.

Más tarde, retiróse de la vida pública, dedicándose a las labores del bufete. Aquí conviene notar, como razonablemente lo asienta un periódico de la localidad, que el vértigo de la adulación no logró nunca bastardear los ideales del señor Vallarta. Este rasgo lo honra demasiado, pues pocos son, por desgracia, aquellos a quien no seduce la lisonja; pero aún tiene otro timbre más gloriosos por ser tan extraño en estos días en decadentismo, permítaseme la expresión, el caer con dignidad; pues si lo primero es lo asombroso, lo segundo raya en lo imposible; raros son los que como él pueden, al retirarse de la lid, repetir con orgullo aquellas célebres palabras: "Todo se ha perdido, menos el honor!"

Obligado, pues, por el ostracismo político, dedicóse por completo a las tareas del bufete y a las dulzuras del hogar. Allí fue donde la insaciable Atropos fue a pedirle su tributo; allí donde la muerte lo sorprendió siempre digno, siempre honrado, siempre trabajando por el engradecimiento de su Patria y de su Estado natal.

Tal fue el hombre que acaba de emprender el ignoto viaje de la tumba; tal fue el genio que traspuso los umbrales de la inmortalidad. Lejos de mí la pretensión de haber presentado figura tan egregia; para acometer tal empresa, necesitaríanse el cincel de Praxíteles o la paleta del divino Rafael. He venido solamente con el respeto de los egipcios, que juzgaban a sus próceres para admitirlos o no a la inmortalidad, con la veneración del bonzo que penetra a la pagoda, a ensalzar las virtudes del eminente juriconsulto, haciéndome eco de los sentimientos de la juventud jalisciense que llora la pérdida del maestro; de esta juventud digna y patriota que se siente orgullosa de su suelo, y de saciar su sed de instrucción en las mismas fuentes donde han bebido los principios del Derecho los Vallartas y los López Portillos, los Teranes y los Alatorres; de esta juventud que sabe honrar a sus héroes desafiando el olvido o las bastardas pasiones de partido; de esta juventud que viene una vez más a manifestar que sabe cumplir con sus deberes de gratitud, a protestar que ayer como hoy, y hoy como mañana, sabrá honrar sólo a quien honor merezca!

No hace un mes todavía que bajó a la fosa el señor Vallarta, y ya esta funeraria solemnidad habrá sido el rayo de luz que disipe las sombras del olvido en muchos pechos. Tras la conmoción que produjo la nueva de su fallecimiento en la Nación toda; tras ese terror que hace agolpar la sangre en la aorta y palpitar violentamente al corazón; tras la amargura que causa ver desaparecer a un hombre ameritado, que acarrea la contemplación de un cadáver, la vista de un hogar desierto, de una esposa transida de dolor y de una familia desesperada por el sufrimiento; tras el pánico de un día, volvió la vida con su bullicio que ahoga lágrimas, con su eterno movimiento que insulta dolores, con su carnaval constante que propone olvido...!

¡Así es la existencia! Los honores que esta noche se tributan a su memoria, huyen ya; la irrealizable esperanza que tal vez alguno haya acariciado de escuchar de mis labios algo digno de ser oído, se ha desvanecido; y mis últimas palabras, con la velocidad que los articula la voz, irán a perderse en el pasado, en ese caos donde palpitan tantos placeres idos y tantos dolores ausentes; en ese cementerio donde la reminiscencia guarda con infinito amor, historias que nos hablan de afectos de otros días, aves que han tendido el vuelo al cambiar las estaciones de la vida... Pero no, no todo es pasajero. Hay algo inmortal; el genio: hay algo que siempre radía; la gloria: hay algo que siempre palpita en el corazón; el patriotismo: hay algo que siempre tiene un santuario en las almas; la gratitud: hay algo que resiste, impasible como la esfinge del desierto, los oleajes de mil generaciones; que conserva los caracteres de las razas, y que es el monumento de las edades; la Historia!

Ella, cumpliendo con su deber de enaltecer el talento, guardará en sus páginas el nombre del Benemérito jalisciense licenciado Ignacio L. Vallarta, para que allí lo incense eternamente con sus epopeyas el patriotismo y con sus plegarias la gratitud. Y allí no llegará el olvido, patrimonio de las almas pequeñas, pues la víbora que rastrea, jamás conseguirá hincar su diente venenoso en el astro que fulgura en el cenit!

*Eduardo J. Correa*

---

## Muerte de un Hombre Ilustre

Lleno de vida y energía, en el pleno vigor de sus facultades asombrosas, y cuando todavía la patria y la ciencia tenían derecho a esperar óptimos frutos de su talento y virtudes, ha bajado el señor don Ignacio Luis Vallarta al sepulcro, derribado y vencido por la mano helada de la muerte, esa inexorable que todo lo abate y nivela, todo lo rompe y destruye, así lo privilegiado y excelente como lo vulgar y despreciable, con igualdad desesperante y mofadora. ¿Por qué tamaña injusticia? Desaparezcan en buena hora los seres inútiles que no traen el combate de la vida ni la dinámica del esfuerzo, ni la de la fe, ni la del pensamiento; o los nocivos que vienen a devorar la labor ajena y a introducir el desequilibrio y el desorden en la sociedad donde viven; pero no esos seres óptimos, privilegiados, cuya misión es de trabajo fecundo, de augusta enseñanza, de progreso brillantísimo.

La nación mexicana es víctima en estos momentos de profundo malestar, porque ha sentido parada de repente una de las ruedas más poderosas de su mecanismo, y ha experimentado una sacudida repentina y terrible.

Tres fases tiene la vida humana: una de ilusión, otra de acción, y otra de meditación. Por mezquino y oscuro que sea el individuo, atraviesa por ellas, si Dios le conserva la vida; pero los pequeños no se hacen visibles en ninguno de esos estados, ni dejan en pos de sí eco de su voz ni rastro de su paso. Los próceres de la especie, aquellos que vienen a la arena de la vida armados de facultades selectas, don magnífico de la naturaleza, hacen públicas en cierto modo esas tres etapas de su existencia; llenando la sociedad en que viven de su propia y cambiante personalidad, y dejando a la espalda, cuando salen de este mundo, su verbo y sus obras como legado inmortal a las generaciones venideras.

Vallarta fue grande siempre, en todos los períodos de su existencia. Sin remontar el curso de ésta hasta su infancia, donde le hallaríamos triunfador en sus primeros estudios, mirámosle en la juventud embelesado con grandiosos delirios. Inicióse en la carrera de publicista soñando con la abolición de pena de muerte, y más tarde siguió soñando con todas esas grandes y bellas cosas que contiene la Constitución de 1857, suscrita con su firma. Por ese magnífico pórtico entró el valiente lidiador en el campo cerrado de la lucha.

En la madurez de la vida, vémosle en tiempos revolucionarios, y en medio del choque de los intereses y de las pasiones, organizar en Jalisco la administración de Justicia y cimentar, ensanchar y elevar a grande altura la instrucción pública. Cábele la gloria de haber impulsado entre nosotros la enseñanza de la medicina, de la ingeniería y de la jurisprudencia, y, sobre todo de haber abierto a la mujer jalisciense las puertas del Liceo de Niñas, plantel benemérito de donde han salido tantas jóvenes laboriosas e instruidas, honra del bello sexo mexicano. La hegemonía intelectual de Jalisco en el occidente de la República, que reconoce por base la fama e importancia de nuestros establecimientos de instrucción, a él le es debida, a él, que amó a Jalisco con amor entrañable, y fue iniciador entusiasta y guardián celosísimo de sus glorias.

Fuera o dentro del terreno oficial, procuró siempre durante su período de acción, promover el progreso de nuestro Estado. Debido a su iniciativa, formóse la "Compañía Telegráfica de Jalisco," y por él tuvimos durante muchos años un alambre eléctrico perfectamente servido, que nos puso en comunicación con casi toda la República, y llevó muy lejos la fama de nuestro espíritu emprendedor.